

El socialismo y las revoluciones clásicas

Yiching Wu

Después de más de un cuarto de siglo desde que China se aventuró a seguir la vía del mercado, ya es hora de examinar rigurosamente lo sucedido y plantear algunas cuestiones difíciles. Eso es justamente lo que han hecho Martin Hart-Landsberg y Paul Burkett en *China y el socialismo. Reformas de mercado y lucha de clases* (Editorial Hacer, Barcelona, 2006), para llegar a la conclusión de que, fundamentalmente, las «reformas de mercado» han subvertido el socialismo chino. Los considerables costes de la liberalización económica, sostienen los autores, reflejan los antagonismos inherentes al sistema capitalista que se está en proceso de imponer. El «socialismo de mercado» encierra, cuanto menos, una contradicción terminológica, supone una creación inestable a la espera tan solo de una progresiva degeneración: «el programa del Gobierno chino de “reformas de mercado”, que se suponía que debía añadir vigor al socialismo, ha llevado al país, por el contrario, a descender por una resbaladiza pendiente que conduce a una vía de desarrollo cada vez más capitalista y

• Artículo publicado en *MR*, vol. 57, nº 6, noviembre de 2005, pp. 44-63. Traducción de Joan Quesada. Yiching Wu nació y se educó en la República Popular China. Actualmente, está preparando su tesis doctoral sobre la política de los intelectuales y los movimientos sociales de China en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago. El autor desea agradecer a Judith Farquhar, Saul Thomas, Matthew Hale, Mingyu Zheng, Hairong Yan y Yiwen Li sus útiles discusiones y sugerencias. Una versión en inglés de este artículo con todas las referencias bibliográficas pertinentes se puede consultar en www.monthlyreview.org/1105wu.htm.

de dominio extranjero». Igualmente, la obra muestra cómo las reformas de mercado han generado una dinámica propia, cómo cada nuevo estadio «generaba nuevas tensiones y contradicciones que solo se resolvían con una mayor expansión del poder del mercado, lo que conducía a una creciente consolidación de una economía política capitalista». Además, los autores han insistido en plantear una crítica basada en la clase, una postura admirable en un entorno ideológico en el que ese tipo de énfasis se considera desfasado. Las reformas chinas han provocado consecuencias tales como la polarización de la renta, el aumento de la pobreza y la intensificación de la explotación, todas ellas parte integral de los procesos de mercantilización capitalista. Así pues, no hay que permitir que el mito neoliberal de la «transición» disimule la importancia de la cuestión crucial del antagonismo de clases.

Hart-Landsberg y Burkett han realizado una importante y oportuna contribución a nuestra comprensión de los acontecimientos de China. No obstante, los temas aquí implicados —historia, clases y socialismo— son de tal magnitud e importancia que merecen una mayor discusión y desarrollo.

Socialismo de mercado: ¿una utopía o un hecho histórico?

La idea de un socialismo de mercado se ha convertido en notable tema de interés entre teóricos políticos, sociólogos y economistas de izquierdas. A pesar de los esfuerzos de sus proponentes por diseñar formas de combinar los valores socialistas con los mecanismos del mercado, los críticos de la idea han manifestado sus dudas con respecto a la coherencia de todos esos modelos, así como sobre si estos son, en definitiva, deseables o posibles. En un bien conocido intercambio entre Ernest Mandel y Alec Nove, Mandel —uno de los principales críticos del socialismo de mercado— insistía en que el debate nada tenía que ver ni con las estrategias de reforma de una sociedad dada, ni con las disfunciones que se supone que el mercado debería reparar, ni siquiera con el análisis de las direcciones posibles de cambio, sino que más bien, en palabras de Mandel:

Nuestra controversia gira únicamente en torno a dos cuestiones: si el *socialismo tal y como Marx lo concibió* —es decir, una sociedad gobernada por una asociación libre de productores, de la que han desaparecido la producción de mercaderías (economía de mercado), las clases sociales y el Estado— es factible, y si tal sociedad es deseable.

Sin embargo, está claro que debería otorgarse mayor importancia a los procesos de la historia, y es en eso en lo que centraremos nuestra atención aquí.

No es extraño encontrar en la izquierda una visión negativa del mercado. Incluso aquellos que podrían simpatizar con las promesas del socialismo de mercado suelen contemplar el mercado con ambivalencia, como un mal necesario, en el mejor de los casos, que solo debe tolerarse si va acompañado de una regulación muy atenta. Las relaciones de mercado se consideran como algo que contradice y socava el ideal del socialismo. Una vez que se abrazan tales relaciones, es posible que el declive sea inicialmente gradual, pero la resbaladiza pendiente en la que se entra acabará provocando un descenso total. Entre el socialismo y el mercado existe una distancia insalvable: el sistema de relaciones mercantiles sobre el que histórica y estructuralmente se ha apoyado el capitalismo. Eso nos lleva nuevamente a la cuestión de por qué habría que escoger, después de todo, la vía del mercado para aportar nuevo vigor al socialismo.

En estas mismas páginas, Harry Magdoff y John Bellamy Foster señalaban que «el giro de 180 grados dado por la ideología dominante» después de Mao tuvo su origen en las divergencias ideológicas y de clase presentes en la anterior fase del socialismo chino:

Lo que deja claro la experiencia china es que la base de la lucha de clases sigue viva incluso después de la nacionalización de las instituciones empresariales. La mentalidad de la vieja sociedad no se evapora para convertirse en aire después de un cambio revolucionario. Mantiene su presencia y entra en conflicto con la vía socialista. Otras tensiones son las que surgen del atrincheramiento potencial y real de una élite burocrática, de la persistencia de la jerarquía y de lo compleja que resulta la edificación de una democracia popular [...] Así pues, la lucha de clases persiste, aunque de formas distintas a las del pasado. Tal y como Mao señalaba, en su fuero interno, incluso algunos altos cargos del Partido deseaban seguir la «vía capitalista».

Según esa opinión, poco después de la victoria abortiva de Mao sobre todas esas tendencias durante la Revolución Cultural, una reducida camarilla de partidarios de la vía capitalista refugiados dentro del Partido consiguieron revertir los logros de la revolución e imponer la vía capitalista sencillamente por decreto gubernamental, y la restauración del capitalismo es ahora casi completa.

Asociadas con frecuencia con la *Monthly Review*, todas esas opiniones han constituido el núcleo de una prolongada tradición de análisis y crítica radicales con respecto a las vicisitudes históricas del socialismo chino y sus

transformaciones después de Mao. Sin embargo, en la actual atmósfera intelectual fuertemente constreñida, esa fructífera tradición ha quedado en gran medida marginada incluso en los círculos de izquierdas. A pesar de todo, y a pesar de los admirables esfuerzos por insistir en la perspectiva de clase, para realizar todo su potencial crítico será necesario someter a escrutinio algunas de las premisas históricas básicas de dicha tradición en relación a la naturaleza social y política del socialismo chino.

Lo que claramente está en juego aquí es una orientación metodológica. Eric Hobsbawm señalaba en cierta ocasión que la evidente importancia de los actores de la obra dramática no implicaba necesariamente que estos pudieran hacer también de dramaturgos, productores o diseñadores de escenarios. En línea con el espíritu de Hobsbawm, sostengo que es posible abordar el problema de las reformas de mercado postsocialistas de manera algo distinta, de una forma más históricamente contextualizada y menos dicotómica conceptualmente. Creo que el debate sobre el socialismo de mercado —sobre si este puede suponer un modelo coherente y sobre si puede llevar realmente al socialismo— puede desarrollarse de manera puramente racional y relevante, al menos *en teoría*. Sin embargo, hay que examinar también el lado histórico de la moneda, a menos que nuestra tarea se limite al mero diseño de proyectos de utopías institucionales en prístinos laboratorios políticos. Lo normal es que las medidas de mercado se adopten para abordar las dificultades del socialismo, y su significación política deriva del entorno histórico específico en el que se utilizan. Por lo tanto, ¿de qué forma está condicionada tal línea de actuación por unas determinadas relaciones de clase y políticas? ¿Son las reformas de mercado principalmente una cuestión de políticas tal y como estas son diseñadas por la dirección? ¿Deberíamos centrarnos en las *condiciones de clase* de dichas reformas, así como en sus consecuencias sobre las clases? ¿O qué es, en definitiva, lo que hay detrás de la línea de las reformas de mercado?

Relaciones de clase en el socialismo chino

Para entender sus mutaciones contemporáneas, es muy necesario contar con una evaluación crítica del socialismo chino. Sin embargo, en lugar de limitarnos a acumular una lista de fracasos, como han hecho muchos, deberíamos también prestar atención a una postura más centrada en la dimensión de clase.

¿Cómo podríamos caracterizar las relaciones de clase básicas de la sociedad china posterior a 1949? ¿Por dónde empezar? No hay duda de

que la cuestión de las clases en el socialismo chino resulta espinosa. En primer lugar, es sobre todo un problema político y teórico del tipo más general. Richard Kraus, autor de tal vez el mejor libro sobre la materia, escribía que «sigue sin existir una teoría adecuada de las relaciones de clase socialistas», afirmación que, probablemente, no es menos cierta en la actualidad que lo era hace dos décadas. Desde la década de 1930, socialistas de varias tendencias han estado ocupados en una intensa discusión sobre la naturaleza de las clases en el socialismo de Estado de tipo soviético, y han invertido una enorme energía política y teórica en dichos debates. Brevemente, las controversias han estado centradas en tres cuestiones íntimamente relacionadas: en primer lugar, si existe una clase dominante en el socialismo de Estado; en segundo lugar, cómo podría definirse su carácter de clase; y en tercer lugar, cómo podría describirse la naturaleza de esas sociedades y sistemas políticos en términos del análisis de clases. A pesar de las frecuentes divisiones y convulsiones que han generado dichos debates, estos también han producido un valioso aprendizaje y una mejor comprensión. No existe ninguna buena razón por la cual nuestro estudio presente del socialismo chino y sus permutaciones no debiera beneficiarse de la comprensión acumulada en varias generaciones de debate basado en la tradición de Marx.

Sin embargo, creo que, para nuestro propósito de comprender la vía de mercado china, bastará por el momento con un enfoque más débil y más flexible, enfoque que, a largo plazo, podría resultar incluso más productivo. Nuestra tarea aquí no consiste en poner etiquetas, o sea, en categorizar a China como más o menos socialista o, incluso, capitalista. Ese tipo de enfoque huele simplemente a pedantería política. Por el contrario, creo que el presente estudio avanzará sustancialmente si empezamos, sencillamente, por reconocer ciertos hechos mínimos, es decir, por reconocer el carácter fundamental de división en clases del socialismo chino, sin por ello precipitarnos a cerrar la cuestión de la naturaleza de clase del Estado. La verdadera cuestión al adoptar una perspectiva de clase es cómo extraer las implicaciones que esta tiene a la hora de entender las transformaciones actuales de China.

Cualquier evaluación crítica del socialismo chino contemporáneo debería partir de la premisa de que los objetivos de la Revolución china eran inconfundiblemente socialistas, y sus logros sociales y políticos fueron históricamente significativos. Liderada por un partido marxista-leninista con una amplia base popular, la prolongada lucha revolucionaria hizo pedazos un orden semitradicional y semicolonial en proceso de descomposición en el que proliferaban la explotación y la opresión social, y transformó los fragmentos del antiguo y decadente imperio en un Estado-nación moder-

no. Después de su fundación en 1949, el nuevo Estado avanzó rápidamente hacia la abolición de la propiedad privada de los medios sociales de producción mediante la expropiación de las clases propietarias. Sin embargo, a pesar de los amplios logros del socialismo, deberíamos reconocer —y pienso que no debería ser este un punto controvertido— que, en cuanto a las relaciones sociales de producción, existía una *separación de hecho* de las clases populares trabajadoras con respecto a los medios de producción y distribución. Las propiedades sociales productivas estaban controladas, en efecto, por una burocracia estatal inmensamente poderosa, un aparato que no estaba sometido a un control popular-democrático efectivo. Tal hecho debería constituir el punto de partida básico de nuestra comprensión del socialismo chino y de sus permutaciones históricas.

El punto clave es que la forma política del nuevo Estado reprodujo y preservó en gran medida el estatus de clases expropiadas de las clases trabajadoras, tanto rurales como urbanas, aunque estas gozaban de determinados nuevos beneficios que resultaban históricamente significativos. La proletarianización no había sido necesariamente una de las condiciones históricas de la revolución, que había sido más bien consecuencia de una severa dislocación social y de una explotación económica basada en unas relaciones sociales precapitalistas. La proletarianización fue más un fenómeno posrevolucionario desarrollado a partir de 1949, y al que se llegó plenamente al completarse, sobre todo, la colectivización agraria y la nacionalización del comercio y la industria urbanos a mediados y finales de la década de 1950. Así pues, la *proletarianización generalizada* fue consecuencia directa del control del Estado sobre los recursos productivos, pero sin la *socialización* del propio Estado, es decir, sin la instauración de un marco político en el que el propio aparato controlador estuviera sometido a la supervisión y control de la ciudadanía. En ese contexto, no hay que confundir las formas jurídicas de propiedad con las relaciones reales de clase, ya que estas eran tan solo un producto derivado, expresión de las relaciones de producción subyacentes. La propiedad social, colectiva o pública, era en gran medida una teoría de libro de texto, una ficción legal, en realidad. Y, a pesar del papel tan visible que tenía la actividad de las masas, la participación democrática de las clases populares en la vida del Estado gozaba de escasas garantías institucionales, y su importancia política era muy limitada.

Como consecuencia, el Estado revolucionario se extrañó de su base social desde el principio mismo, cuando los lazos entre las clases populares y el estrato gobernante eran más próximos, cuando los sagrados acontecimientos de la revolución aún estaban frescos y cuando la tradición de

la lucha de masas se supone que era considerablemente sólida. El aparato político que se utilizó para destruir las antiguas desigualdades había dado lugar a un nuevo conjunto de desigualdades. El poder del Estado se suponía que se utilizaba para favorecer los intereses de los trabajadores, claro está. Sin embargo, en realidad, las clases trabajadoras subordinadas eran, en el mejor de los casos, beneficiarios dependientes de una burocracia paternalista. (Ni que decir tiene que todos esos beneficios duramente alcanzados se pueden retirar fácilmente si las circunstancias políticas varían, como tan claramente han demostrado los recientes desarrollos en China.)

Las razones históricas del extrañamiento político del Estado son sin duda extremadamente complejas. El nuevo Estado se fundó en circunstancias difíciles de lucha revolucionaria y violencia contrarrevolucionaria, unas condiciones debilitadoras que, comprensiblemente, limitaban su potencial transformador. Pero este es un tema aparte y debería ser objeto de un estudio independiente. De lo que aquí se trata es más bien de que cualquier intento sincero de examinar críticamente la transformación contemporánea de China desde una perspectiva de clase debe partir del sobrio reconocimiento de esa limitación histórica y, además, debe tomar muy en serio las implicaciones políticas de tal hecho.

Mercantilización y formación de una clase dominante

Si la vía de mercado hacia el socialismo ha fracasado completamente en China, ¿cómo deberíamos interpretar dicho fracaso? Lo normal es que las reformas de mercado no se produzcan en medio de un vacío social o político. «Los hombres construyen su propia historia», escribía Marx en *El dieciocho de Brumario*, «pero no lo hacen tal y como les place».

La nueva sociedad de mercado no era como una arcilla histórica que el gran arquitecto de Pekín o los diseñadores neoliberales de Washington pudieran modelar a voluntad. Las reformas de mercado estaban *mediadas* más bien por las relaciones sociales y de clase existentes. Como consecuencia, debemos tener presentes las condiciones históricas en las que se están utilizando las medidas de mercado y procurar entender la verdadera importancia política de dichas condiciones. Es cierto que las relaciones de mercado capitalistas entran en conflicto con los valores socialistas, pero, además, tienen que atravesar también el sistema político chino y la estructura de clases subyacente. Al hacer tal cosa, la mercantilización tiende a extender o amplificar unos privilegios y desigualdades de clase fuertemen-

te arraigados. En la creación de ese nuevo bloque histórico —la pecaminosa alianza entre capital y poder estatal—, las disparidades generadas por el mercado se combinan con las prerrogativas burocráticas, que no son, como suele creerse, antagónicas con el mercado, sino que más bien coexisten con este de tal manera que ambos se refuerzan mutuamente. De ahí que, si el mercado lleva a la restauración capitalista, es en parte porque aporta nuevas oportunidades para la diferenciación, aceleración o, incluso, el desencadenamiento de unos procesos de formación de clase *continuados*, que eran *previamente amorfos*. Es decir, las élites gobernantes pueden ahora utilizar el poder político que monopolizan para obtener ganancias económicas directas y convertir los activos públicos controlados por el Estado en su propio capital privado. La mercantilización no provoca necesariamente cambios en la estructura y organización básicas del poder de clase, pero sí que transforma y desplaza incuestionablemente su campo de aplicación al multiplicar los puntos y circuitos en que puede desplegarse el poder de la clase dominante.

En realidad, tales procesos de desarrollo de la clase dominante están estructuralmente condicionados, pero también pueden presentar un cierto carácter amorfo o irregular, lo que justificará ciertas aclaraciones adicionales. La alienación del Estado no implica necesariamente que la burocracia y los burócratas *ya* constituyan una clase dominante o burguesa completamente desarrollada. Debemos tener presente que estructura de clases y formación de clases son dos niveles distintos de análisis, y que es posible establecer una útil distinción entre posiciones estructurales y potenciales de desarrollo en la que los segundos vienen estructuralmente condicionados, pero no completamente determinados. He sostenido antes que la crítica de las transformaciones de la China postsocialista debería recurrir a las discusiones marxistas sobre socialismo estatista o capitalismo de Estado. No obstante, no creo que eso equivalga a adoptar de manera simplista unos conceptos preelaborados. El problema de la restauración capitalista habría sido mucho más fácil de resolver si pudiéramos afirmar simplemente, como es notorio que ha hecho Chris Harman en el contexto de la Europa del Este, que los cambios actuales no representan ni un desliz histórico hacia atrás, ni un salto adelante, sino un paso «al lado», una autorreestructuración del capitalismo o, en palabras de Mike Haynes, «una *transformación interna dentro de un modo de producción*, en este caso, un cambio en la forma del capitalismo que parte de un fuerte capitalismo de Estado y conduce a formas más mixtas de Estado y mercado». Creo, sin embargo, que es una solución demasiado fácil para el problema particular del socialismo chino y de su transformación capitalista.

Por el contrario, yo sostengo que nuestro estudio presente resultará más beneficiado si podemos, de algún modo, reorganizar los principales argumentos esgrimidos en todos esos debates —basados primordialmente en formas sincrónicas de análisis— siguiendo una perspectiva más histórica y, además, reconstruirlos para obtener un marco temporal más amplio o más flexible. La cuestión es bastante simple: el estrato dominante (a pesar de su prolongado monopolio de los poderes político-económicos) *puede o no* haber creado ya una clase dominante o una clase burguesa en cualquier momento en particular (por ejemplo, la China de 1964). Sin embargo, eso no significa que no pueda evolucionar hacia esa posición de clase cuando las condiciones objetivas resulten maduras o se disponga de los recursos ideológicos (por ejemplo, relaciones de mercado, doctrinas neoliberales) capaces de propiciar determinadas tendencias de desarrollo que habían quedado previamente frenadas y, por lo tanto, habían permanecido en forma meramente latente.

Tal vez resulte útil mantener un cierto sentido de ambigüedad o indeterminación. El problema de la formación de las clases en la China posrevolucionaria, por lo que respecta en particular a la clase dominante, quizás sea más complejo de lo que las pulcras formulaciones de las teorías de capitalismo de Estado son capaces de delinear, al menos en el caso de las versiones más fuertes. Sin embargo, la clase se define convencionalmente como una relación entre colectivos cuyas posiciones e intereses estructuralmente definidos en la división social del trabajo son necesariamente antagónicas. Desde ese punto de vista, entiendo que es posible que nos encontremos con ciertas dificultades teóricas graves, como por ejemplo: ¿es posible que existan clases dominadas y explotadas sin una clase dominante bien desarrollada? ¿Acaso resultaría completamente absurdo, en términos conceptuales, hablar de un Estado sin hablar de una clase dominante completamente constituida? O, ¿es posible que se produzca el desempeño de determinadas funciones de clase o de estructuras similares a la clase —como el control de los medios de producción, la extracción de plusvalías, la dominación, etc.— sin que existan unos grupos constituidos sin ninguna ambigüedad en los que se «apoyen» dichas funciones, es decir, sin la formación y total desarrollo de los sujetos de clase que desempeñan tales funciones?

Todos esos problemas de disparidad, o de «cojera», resultarán menos incómodos si rebajamos las limitaciones que imponen nuestros esquemas históricos convencionales y utilizamos un marco temporal más amplio. No debería sorprendernos que nuestra historia real sea con frecuencia más complicada de lo que desearían nuestros elegantes esquemas conceptuales. Los sujetos y posiciones de clase se forman, se re-forman y, en ocasiones,

se de-forman en las largas oleadas de la historia, aunque es altamente improbable que todas las piezas del rompecabezas encajen en su lugar adecuado a la vez, como por arte de magia.

De hecho, lo que hemos presenciado en China durante más o menos la década pasada es, justamente, la plenitud —la fase de *aceleración y diferenciación*— del proceso continuado y, no obstante, irregular, de formación de una clase dominante. Hemos asistido a un proceso de construcción asombrosamente rápida de una clase capitalista de cuadros, que se esforzaba por expropiar activos públicos por todos los medios posibles. Un «capitalismo de gánsteres», en realidad. Sin embargo, limitarse a denunciar dichas prácticas ilícitas como mera corrupción es trivializar gravemente su significación política e histórica. La cuestión debería discutirse en realidad bajo el epígrafe más amplio de la (re-)forma del Estado y la acumulación de capital. Lo que está ocurriendo en China es nada menos que una gran transformación de la sociedad: los brutales procesos de la acumulación primitiva de capital. Sin embargo, tal cosa está ocurriendo mediante un giro inesperado, y es eso lo que es crucial que recordemos. Específicamente, la privatización y la acumulación de capital han venido encabezadas por una clase específica de agentes: los detentadores del poder burocrático y sus redes de amigos bien situados. La conversión sistemática de activos públicos en capital privado forma parte del proceso más general de *privatización del poder político*. Por lo tanto, el monopolio burocrático del poder económico y político es un factor clave para la comprensión del curso seguido por la restauración china.

La cuestión aquí no es cómo dicho factor puede dar cuenta del aparente primitivismo del capitalismo con características chinas, sino que, más bien, lo que queremos llegar a entender es el papel de eje que tiene la clase burocrática en la marcha de China hacia el capitalismo. Una sociedad socialista burocráticamente dominada no se puede revitalizar simplemente adornándola o mezclándola con el mercado. Es imperativo realizar una transformación política fundamental, por si acaso la estructura de clases y las desigualdades existentes pudieran limitar y distorsionar inevitablemente los efectos liberalizadores que pudieran provocar las medidas y canalizarlos en una dirección capaz únicamente de agravar las contradicciones sociales y políticas presentes.

Un retorno al debate Sweezy-Bettelheim

Tal vez exista un nuevo ángulo desde el que enfocar la vía de mercado socialista desde una perspectiva de clase, a saber: entender la mercantiliza-

ción como una estrategia de la clase dominante. Para ello, resultará instructivo comenzar por examinar algunas de las ideas del intercambio entre Sweezy y Bettelheim hace ya 30 años. Baste con decir que sus discusiones a lo largo de décadas giraban en torno a dos temas principales: en primer lugar, cómo interpretar la tendencia hacia la restauración burguesa y, en segundo lugar, la naturaleza de clase del socialismo. Ambas cuestiones no pueden ser en modo alguno irrelevantes para nuestras preocupaciones presentes. Una vez más, creo que nuestra tarea puede verse notablemente reforzada si somos capaces de explotar mejor las ideas críticas de pasadas discusiones marxistas (sobre todo, las pertenecientes a la propia tradición de *Monthly Review*), y que, si no, corremos el riesgo de volver a inventar la rueda.

Paul Sweezy era ya un vehemente crítico del socialismo de mercado mucho antes de que la idea se pusiera intelectualmente de moda. El mercado, para Sweezy, constituye «un peligro permanente para el sistema y, a menos que se lo constriña y se lo controle estrictamente, acabará conduciendo a la degeneración y la retrogresión». La crítica empática que hace Charles Bettelheim de Sweezy se apoya en su tesis del capitalismo de Estado, desarrollada en su influyente estudio de la historia inicial de la Unión Soviética. Según Bettelheim, las relaciones de mercado son solo un hecho secundario, o unos «*índices y resultados*», que expresan una relación política precedente. El factor decisivo es la estructura subyacente de poder de clase, en la que «el proletariado [...] *ha perdido su poder a manos de una nueva burguesía*, con la consecuencia de que los líderes revisionistas [...] son hoy en día el instrumento de esa nueva burguesía». Tal es, para Bettelheim, el *origen de clase* de la liberalización de mercado. «Si [...] la restauración del dominio de la burguesía va acompañada de una *ampliación* del papel del mercado, ello se debe evidentemente a que dicho dominio no puede ser completo si no es mediante la restauración total de las relaciones de mercado».

La notable formulación que realiza Sweezy de la «sociedad posrevolucionaria» refleja su acuerdo sustantivo con Bettelheim con respecto al carácter estratificado y de clase del socialismo realmente existente (como entonces se lo denominaba), a pesar de sus profundos desacuerdos sobre la naturaleza específica de las clases. Sweezy argumenta de forma no menos poderosa que la sociedad posrevolucionaria se encuentra dividida en clases, una observación que vale la pena que citemos algo más extensamente:

La diferencia más importante entre el capitalismo y la sociedad posrevolucionaria es que el dominio abrumador del capital ha quedado roto y ha sido reemplazado por

el gobierno directo de una *nueva clase dominante* que deriva su poder [...] del control no mediado del Estado y de sus aparatos multiformes de coerción. Eso implica que la utilización del producto excedente de la sociedad —producido por una *clase trabajadora carente de propiedades*— ya no está gobernada por las leyes del valor y la acumulación de capital, sino que, por el contrario, pasa a ser el foco central de un proceso político y, por supuesto, de luchas políticas, entre las que se cuenta (aunque no exclusivamente) la lucha de clases.

Sin embargo, al contrario del argumento de Bettelheim del «capitalismo de Estado», Sweezy sostiene también que tales sociedades no son ni socialistas ni capitalistas. Para Sweezy, la sociedad posrevolucionaria, a pesar de la realidad fundamental de su división y dominio de clase, sigue siendo algo más o menos indeterminado, una «vía de *transición* de doble dirección»:

La sociedad posrevolucionaria no solo contiene las contradicciones heredadas de milenios de sociedad dividida en clases, sino que produce y reproduce sus propias contradicciones. Una revolución así no aporta soluciones finales. Tan solo inaugura la posibilidad de avanzar *en la dirección* de la supresión de las clases. Pero la existencia de dicha posibilidad implica también lo opuesto: la posibilidad de retroceder hacia el reatrincheramiento de una clase explotadora basada, no en la propiedad privada de los medios de producción, sino en el control de un aparato represivo de Estado que todo lo abarca.

Avanzar hacia delante, hacia el socialismo, requeriría un poder y una política económica estatales progresistas: «la dirección y la guía de un partido profundamente arraigado en la clase trabajadora y dedicado a su emancipación». Según Sweezy, China y la Unión Soviética ejemplifican los dos cursos posibles de respuesta a los problemas socioeconómicos del socialismo, en realidad, dos líneas políticas e ideológicas divergentes. Mientras que la China maoísta tuvo más éxito a la hora de revitalizar el socialismo y llevar a cabo una revolución cultural, la Unión Soviética fracasó completamente y hubo de depender de medidas capitalistas de disciplina e incentivos de mercado.

Aunque mi propia intuición me lleva a sentir una mayor inclinación por el punto de vista de Bettelheim, creo que este concluyó sus argumentos de forma algo prematura o demasiado fácil. Planteaba una relación demasiado directa —y, en consecuencia, demasiado determinista— entre estructura de clase y formación de clase. A ese respecto, el concepto de Sweezy de sociedad posrevolucionaria tiene un enorme valor heurístico. Sweezy parte de un postulado que parece engañosamente mínimo: el

reconocimiento sin ambages del hecho fundamental de la dominación de clase. Sin embargo, al dejar más margen de posibilidad histórico, el enfoque de Sweezy es más elástico y puede acabar siendo más productivo si se llevan más lejos sus implicaciones.

Aun así, con la ventaja que aporta el hecho de gozar de una mayor perspectiva histórica, es posible apreciar que el argumento de Sweezy no deja de ser problemático. Parece existir una cierta ambigüedad o falta de teorización de la conexión entre su diagnóstico de las clases y su perspectiva de la historicidad. A pesar de la sombría apreciación por parte de Sweezy del carácter de dominio de clase de la sociedad posrevolucionaria, su aceptación de una potencial evolución positiva parece (en el caso chino en particular) demasiado optimista: la fórmula de la «vía de doble dirección» implica que la cuestión central es más bien la de contar con unos *líderes* políticos e ideológicos correctos. En lugar de explorar la ambigüedad, Sweezy recurre a una concepción extrañamente cuantitativa de la determinación histórica y postula que «la ratio de determinismo y voluntarismo en la explicación histórica varía mucho necesariamente de un periodo a otro», y «es precisamente en las sociedades de transición, o, al menos, en una fase particular [...], cuando los elementos “deterministas” en la causación histórica són más débiles y los “voluntaristas” más significativos». Sin embargo, dicha idea solo sirve para desterrar la ambigüedad original a fin de presentarla con otro envoltorio. Por el hecho de sortear la cuestión justo después de plantearla, Sweezy parece que subestime la gravedad del problema del poder de la clase dominante, con lo que dista mucho de utilizar totalmente las implicaciones críticas de su propio análisis de clase.

Reformas de mercado: ¿una estrategia pasiva de la clase dominante?

Me gustaría defender aquí que la cuestión clave no es únicamente la de las *posibilidades* de evolución o de autorreforma de dichas sociedades de transición —la China maoísta o posterior a Mao pueden servir de ejemplo de cuán vehementes pueden ser todas esas energías de autocrítica—, sino también la cuestión de cuáles son sus *límites* políticos. ¿Cuáles son las posibilidades y los límites de re-revolucionar una sociedad posrevolucionaria mediante un proceso de reformas radicales? ¿Cuál es la probabilidad de que se produzcan cambios radicales que persigan objetivos genuinamente democráticos e igualitarios dentro del marco existente de relaciones de clase? Son preguntas difíciles, pero también decisivas.

Sostengo que los marxistas no deberían tener dificultad alguna en aceptar el siguiente enunciado clave: bajo ninguna circunstancia debería esperarse que las clases dominantes abduquen de su poder dirigente ni de sus prerrogativas a no ser que existan fuerzas extraordinarias que las obliguen a hacerlo. Al aplicar tal enunciado a una sociedad posrevolucionaria en la que la burocracia monopoliza el poder político y económico, se plantea la siguiente cuestión: ¿cuál es la probabilidad de que unas reformas internamente generadas pudieran propiciar la unidad entre productores directos y medios de producción sociales mediante una autogestión democrática? En otras palabras, ¿cuál es la probabilidad de que dichas reformas se puedan utilizar para hacer realidad la premisa central del proyecto socialista?

En lugar de movilizar y reorganizar democráticamente la sociedad, es mucho más probable que aparezca un programa despolitizador reformista como necesidad política de la estructura de clases existente y de la relación entre fuerzas políticas. Un programa de ese tipo resulta necesario justo porque la élite dominante no adoptará voluntariamente un curso de reformas fundamentales que socave su propio poder. También es posible que triunfe una estrategia *pasiva* de ajustes parciales y graduales destinada a preservar la posición de la clase dominante, debido a la debilidad política básica de las clases subordinadas. Antonio Gramsci escribía en sus *Cuadernos de cárcel* que una forma social «tiene “siempre” posibilidades marginales de desarrollarse más aún y mejorar su organización y, en particular, puede contar con la debilidad relativa de la fuerza progresista rival como consecuencia de su carácter y forma de vida específicos». Las clases populares trabajadoras, cuya movilización política fue vital para el triunfo de la Revolución china, se encontraban de hecho gravemente debilitadas y desorganizadas como consecuencia de décadas de represión y control. Fragmentado, dependiente y desmoralizado, al pueblo trabajador chino le quedaban pocas alternativas ideológicas y recursos organizativos para plantear una resistencia activa y autodesarrollarse, por lo que era incapaz de presionar para forzar cambios mejor asentados en la reorganización del poder del Estado. «En ausencia de contrapoderes efectivos», señalaba Sweezy, «las condiciones que favorecen el desarrollo de un sistema de clases [...] producirán sus propios frutos. Y, al hablar de contrapoderes efectivos, *no nos referimos a doctrinas ideológicas o declaraciones de buenas intenciones, sino a una lucha política organizada*».

Dependiente en gran medida de la disciplina del mercado, del incentivo de las ganancias y del consumo privado, un programa de reformas basado en el mercado tiene una clara lógica política: en primer lugar, representa una amenaza mucho menor para la clase dominante; en segundo lugar,

previene la agitación popular que amenaza desde abajo. Es la línea que genera menores resistencias, por decirlo de algún modo. Así pues, en ausencia de una vigorosa presión popular desde abajo, una estrategia habitual de la clase dominante para ocuparse de los problemas sociales consiste, en primer lugar, en consolidar firmemente su monopolio del poder (por ejemplo, la integración nacional, la estabilidad política y la capacidad de gobierno). Los mecanismos de mercado se introducen para provocar una cierta apertura controlada (y controlable) de la vida social, para proteger a la élite dirigente de la insatisfacción popular mediante la despolitización de la toma de decisiones socioeconómicas a través de la mercantilización de grandes áreas de la vida social y para ganar tiempo en relación tanto a la competencia capitalista global como al creciente descontento interno.

Esa vía de «revolución desde arriba» presenta perspectivas favorables por lo que respecta a la posición de la clase dominante. Como señalábamos antes, la liberación del mercado ofrece grandes oportunidades para que la élite gobernante transforme el poder público que le ha sido conferido en ganancias económicas privadas. La creación de un medio así, añadiría, tiende a ser una consecuencia no buscada de las reformas iniciales, momento en que tal abuso particular del poder surge más bien del oportunismo individual. Sin embargo, la expansión de la relación dinero-poder y el atrincheramiento de la clase burocrático-capitalista han envalentonado a la élite dirigente y le han permitido utilizar el oportuno instrumento de la política estatal para facilitar sus objetivos de forma más eficiente y sistemática, o sea, para alterar los pactos institucionales existentes o, simplemente, para crear *ex nihilo* nuevos aparatos reguladores y similares para fortalecer sus intereses y su posición particulares. Como ha señalado Wang Hui, uno de los críticos principales de la emergente izquierda intelectual china, lo que ha dado en llamarse «neoliberalismo» en el contexto chino goza de hecho de una relación especial «con la proliferación de grupos de interés *dentro del Estado mismo*»:

La ideología del [...] «neoliberalismo» ya había empezado a germinar [a finales de la década de 1980], y su contenido central era la intensificación de las reformas que exigían una mayor devolución del poder político y económico [...]; el fomento de una vía exhaustiva de *privatización espontánea* guiada por la premisa de la ausencia de garantías democráticas; y la legitimación mediante medios legislativos de la polarización de clases e intereses generada por los esfuerzos individuales. A causa de todo ello, la principal encarnación del neoliberalismo radicaba en los beneficios que estaban adquiriendo determinados grupos sociales [formados] *por un proceso de creación de grupos de interés dentro de la estructura estatal*.

Así pues, ha quedado claro, tal y como Hart-Landsberg y Burkett sostenían en *China y el socialismo*, que los imperativos del mercado «generaban nuevas tensiones [...] que solo podían resolverse mediante una mayor expansión del poder del mercado». Pero eso es solo una parte de la historia. Las reformas del mercado vienen mediadas de manera fundamental por factores político-estructurales, y la mercantilización debe su importancia a las relaciones de clase históricamente existentes. La expansión del mercado está gobernada sin duda por la lógica estructural de las relaciones de producción capitalistas, pero también tiene un claro *impulso político*. Los mecanismos de mercado, inicialmente introducidos de manera defensiva por el estrato dirigente para lograr la propia preservación, han sido aprovechados desde entonces por esa élite como un instrumento capaz, no solo de cambiar los rasgos básicos de la sociedad, sino de transformar activamente y expandir dicho grupo hasta convertirlo en una auténtica *clase dominante* consciente de sí misma, proceso en el cual el dinero y el poder de gobernar van inseparablemente unidos y los antagonismos de clase se dejan sentir de forma cada vez más profunda. Es mucho más que un pequeño salto adelante, por decirlo suavemente.

El maoísmo, proyecto incompleto

Hasta este momento, he evitado deliberadamente el tema del maoísmo. Ahora más que nunca, la complejidad histórica del socialismo chino es relevante para nuestras preocupaciones actuales. Sin embargo, creo que cualquier estudio serio del problema general de las posibilidades y límites de las reformas socialistas debe ocuparse de la experiencia china y, sobre todo, del papel del maoísmo tal y como este culminó en las prácticas políticas de la Revolución Cultural.

Existen pocas dudas de que el maoísmo tardío y la Revolución Cultural son una aberración en la historia del socialismo mundial. Sin embargo, permítaseme que comience por señalar que sería políticamente corto de miras limitar nuestro examen de las reformas a la era post-Mao. Una de las características únicas de la experiencia histórica del socialismo chino es precisamente su incesante dinamismo y su energía de autorrenovación. En lugar de descender por la vía del mercado, lo que habría resultado mucho más fácil en cuanto a la preservación de la posición de la clase dominante, la China maoísta tomó un rumbo inexplorado de reformas mucho más desafiante y que no podía apoyarse en ningún tipo de camino preestablecido.

El maoísmo tardío desarrolló una perspectiva altamente dinámica del proceso posrevolucionario de formación de clases y restauración burguesa que integraba las interacciones recíprocas de los niveles ideológico, político y económico en un único marco analítico. Una insistencia característica del maoísmo es la que resalta que la lucha de clases sigue existiendo incluso después del derrocamiento de las clases explotadoras. Así pues, la degeneración del socialismo, según Mao, no necesariamente debe producirse por el derrocamiento violento del Estado socialista, sino que es más probable que se produzca a través de la evolución pacífica tanto dentro del partido gobernante como en el entorno que lo circunda, bajo la corrosiva influencia de las clases derrocadas aún existentes. El proceso de restauración parte de la aceptación de las ideas burguesas por una camarilla de líderes degenerados. A continuación, la dirección usurpada del partido emprende la transformación del carácter de clase del poder del Estado, para dismantelar la economía socialista y crear una nueva clase dominante y explotadora. Eso, a su vez, exige el desarrollo de un sistema político más íntegramente burgués para consolidar la posición de la clase dirigente.

Como intento activo de revitalizar el socialismo, la Revolución Cultural estaba profundamente enraizada en la historia colectiva y las tradiciones populares de la revolución. Sin embargo, a pesar de sus elevadas aspiraciones, querría sostener que el maoísmo tardío era gravemente imperfecto y, en definitiva, ineficaz. Muy brevemente, diría que el maoísmo carecía de un claro *enfoque de clase*, según una definición en términos estructurales. La política de clase maoísta era demasiado amplia y demasiado estrecha a la vez, una contradicción meramente aparente. Sus objetivos políticos solían estar personalizados y, por lo tanto, eran demasiado difusos. En los tiempos más ferozmente iconoclastas de la Revolución Cultural, esta luchaba contra todo y contra cualquier cosa, desde la tradición, la conciencia interna, los restos de las anteriores clases propietarias, los partidarios de la vía capitalista y los privilegios burocráticos, hasta las artes y la literatura, los comportamientos sexuales, la forma de vestir, los tacones de los zapatos, etc. La idea de «clase» estaba espectacularmente vulgarizada y ampliada, casi hasta el punto de la locura, hasta convertirse en un amasijo confuso carente de todo sentido y de todo carácter incisivo.

Sin embargo, la miopía política del maoísmo tardío resulta igualmente sorprendente. Esta era claramente visible en su inherente incapacidad para la autocrítica, es decir, para afrontar su propio carácter históricamente contextual, así como para reconocer la prevalencia de las relaciones de clase y de las correspondientes estructuras institucionales en que estaba atrapado. Es posible comprender la apariencia más bien paradójica del maoísmo, al

menos en parte, como el efecto ideológico de la ya mencionada irregularidad de la estructura de clases posrevolucionaria, especialmente por lo que respecta al carácter más o menos amorfo de la clase dominante. Sin embargo, en un nivel más fundamental, la miopía en relación a la estructura más básica de la dominación de clase sugiere también las esenciales limitaciones políticas del maoísmo.

Así pues, a pesar de su extrema vigilancia de las tendencias regresivas, el maoísmo tardío fracasó a la hora de ocuparse adecuadamente de la estructura de dominio de clase del Estado posrevolucionario. Al centrarse en el burocratismo, en la línea revisionista y en los privilegios distributivos, la Revolución Cultural atacó a los burócratas, sus filiaciones ideológicas y a los restos de las anteriores clases mucho más que al *sistema de dominio burocrático*. De hecho, la política maoísta tuvo éxito a la hora de interrumpir temporalmente el cierre sobre sí misma y la consolidación de la incipiente clase dominante —un gran logro en sí mismo— al intentar revolucionar la cultura, promover una conciencia proletaria, combatir el egoísmo burgués y exhortar a los burócratas de los cuadros de mando (y a todas las demás personas) a servir al pueblo más que servirse a sí mismos. Por eso, no es ningún accidente que la Revolución Cultural fuera *cultural*, y que esa «revolución a través de la cultura» supusiera *ipso facto* el mayor avance del maoísmo, así como también su principal limitación política.

Deberíamos señalar brevemente que las implicaciones políticas más radicales del maoísmo fueron llevadas hasta sus últimas consecuencias por unos cuantos jóvenes críticos que, audazmente, cuestionaron las tendencias inherentemente conservadoras y reformistas de una Revolución Cultural oficial que atacaba a detentadores individuales de poder y a ideologías antiguas, en lugar de buscar las raíces de los problemas políticos y sociales de China en la estructura de clases. Su impulso radicalmente antiburocrático y democrático iba acompañado de una inquietud más general por la naturaleza y la organización del poder del Estado en la era posrevolucionaria, así como de una profunda preocupación por que una nueva clase burocrática pudiera hacerse con el dominio de la sociedad. Invocando el ejemplo histórico de la Comuna de París, defendían que la «nueva burguesía burocrática» de China y su monopolio de la maquinaria estatal deberían ser destruidos para instaurar una sociedad genuinamente igualitaria y socialista en la que las personas pudieran participar verdaderamente y auto-gobernarse.

En los últimos meses de la Revolución Cultural, a finales de la década de 1960, en medio de los movimientos de masas desde abajo, comenzaron a surgir y a hacerse operativas una lógica política distinta y una tendencia

ideológica diferente —por muy primitivas que fueran— capaces de escapar a las limitaciones dogmáticas del maoísmo oficial. No es sorprendente que las opiniones políticas de esos jóvenes activistas, cuya utilidad para la movilización maoísta de las masas fue breve, fueran denunciadas a pesar de todo como demasiado radicales, ultrademocráticas, anárquico-burguesas, contrarias al Partido o, simplemente, contrarrevolucionarias. Sus actividades teóricas y políticas fueron brutalmente reprimidas sin excepción, muy a menudo siguiendo órdenes directas de la «izquierda establecida» de la dirección de la Revolución Cultural maoísta, y todas ellas se desvanecieron con la desmovilización de los movimientos de masas y las purgas de la denominada ultraizquierda que dieron comienzo en fecha tan temprana como 1967.

Al devorar a sus propios hijos rebeldes, el maoísmo agotó rápidamente su energía política y acabó siendo incapaz de trascender sus limitaciones históricas esenciales mediante la transformación fundamental del poder estatal. Así pues, a pesar de su apariencia de radicalismo y vigor extremos, la Revolución Cultural resultó ser una movilización de masas bastante predecible —si bien espectacular— que fue ostensiblemente participativa, pero que estuvo jerárquicamente dividida, y en la que las estructuras intermedias de gobierno quedaron debilitadas y el personal burocrático fue humillado de manera ritual. Ahí estriba la contradicción fundamental en la que incurrió Mao durante la Revolución Cultural. Tal y como muy bien lo describió el crítico Richard Klaus: él era el «cuadro principal» del régimen burocrático por él personalizado y, a la vez, su «principal rebelde». Como resultado, la Revolución Cultural fracasó en cuanto arriesgado experimento de reformas posrevolucionarias y socialistas. Dejó prácticamente intacta la distinción funcional y estructural básica entre dominadores y dominados. Si bien las reformas sociales producidas por la Revolución Cultural mitigaron algunas de las manifestaciones más fulgurantes del elitismo burocrático, no alteraron fundamentalmente las relaciones entre la élite política y las clases populares subordinadas.

Restauración burguesa: ¿la astucia de la historia?

La Revolución Cultural se concibió como un intento activo de suprimir las tendencias regresivas en una sociedad posrevolucionaria. No sin cierta inquietud, me gustaría sostener que la «restauración capitalista» era sobre todo un *mito*, con una importante función ideológica. La afirmación maoísta de que, si no había una mayor agitación revolucionaria, China gravitaría

de nuevo inevitablemente hacia el capitalismo es, cuanto menos, engañosa. La revolución permanente es, de hecho, la esencia del socialismo. Sin embargo, la historia postsocialista de China ha demostrado que los peligros de subversión deberían haberse concebido como parte de una problemática histórica más amplia y más compleja, que conduce hacia atrás, hacia delante o, *incluso*, hacia un lado. Sin embargo, la fuente del mayor de todos los peligros quedó tenazmente oculta tras todos los truenos y la furia con que se presentó la «restauración burguesa».

Al invocar la experiencia histórica de la Revolución china, William Hinton expresaba la tesis maoísta de la «restauración burguesa» mediante la vívida metáfora del incendio de la pradera revolucionaria:

Una sola chispa puede provocar un incendio en la pradera. Y así [...] esta encendió un fuego en la pradera que arrasó todo lo que había a su paso y provocó más cambios en China en unas pocas décadas de los que había habido en los dos milenios anteriores. Sin embargo, ahora el fuego se ha extinguido y, al extinguirse las llamas, se puede ver que el cambio no ha sido profundo. *El fuego ha quemado el follaje, pero las raíces de la antigua civilización han sobrevivido y de ellas están creciendo ahora vigorosos brotes que empujan a un lado y ahogan, en un ámbito tras otro, todas las innovaciones revolucionarias.*

La pintoresca metáfora de Hinton, sin embargo, toma como premisa una problemática concepción de la determinación histórica, a saber: la determinación del presente por fuerzas residuales del pasado. Es cierto que las revoluciones no eliminan el pasado, sino que escriben encima de él. Sin embargo, la revolución también produce sus propias contradicciones. El socialismo no solo se construye sobre los depósitos supervivientes del capitalismo, del feudalismo o de cualquier otro sistema. Los restos del pasado entran en la nueva sociedad y quedan necesariamente condicionados por los antagonismos y contradicciones recién creados por esta. No es fácil dar marcha atrás y restaurar el peso muerto de la historia pasada. O, tal vez, eso lleve mucho más tiempo, ciertamente mucho más de las aproximadamente dos décadas que se ha tardado en desarrollar la rapidísima «restauración» en China. El extraordinario desarrollo actual del capitalismo en China está alimentado por una lógica más poderosa de recomposición social. A él han contribuido medios mucho más eficientes y veloces, dirigidos por unas fuerzas de clase que operan desde arriba, más que desde abajo; desde dentro, más que desde el exterior. La significación ideológica de la restauración burguesa —y de la teoría maoísta de la lucha de clases que constituía su núcleo— estriba en la función que esta ha tenido de

diversión y confusión. Al concentrarse en los restos de las tradiciones pasadas, en las insignificantes tendencias desde abajo y en los insidiosos partidarios de la vía capitalista y su línea de influencia en el interior, el discurso maoísta de la restauración capitalista distorsionó y oscureció la contradicción central de la sociedad china posrevolucionaria.

¿Cuáles son las lecciones históricas más destacadas que hay que aprender de la transición de China hacia el capitalismo? Si dejamos de lado la cuestión teórica de si resulta viable o deseable un socialismo sin mecanismos de mercado, hay al menos una lección aparentemente obligada: *un socialismo sin un grado significativo de democracia es inviable.* El problema del socialismo y la democracia no es en absoluto una tarea meramente filosófica de definición de una utopía, sino que este forma parte más fundamental de la lógica ineluctable de la historia y de la política. Una democracia genuina no es sencillamente aquello que define el *telos* ético del socialismo; es también lo que sirve para su salvaguardia efectiva.

Las revoluciones que pretenden objetivos socialistas, como advertía Rosa Luxemburg poco después del triunfo de la Revolución rusa, no pueden basarse en una fórmula preestablecida «enteramente en manos del partido revolucionario». El socialismo solo puede prosperar más bien mediante un proceso político de masas en el que la clave es la existencia de una verdadera democracia. En las sencillas palabras de dicha autora:

Es posible decretar lo negativo, la demolición; la edificación, lo positivo, no se puede decretar. Nuevo Territorio. Miles de problemas. Solo la experiencia es capaz de corregir y de abrir nuevas vías. Solo la vida en efervescencia, sin obstrucciones, adopta miles de formas nuevas y de improvisaciones, ilumina la energía creativa, corrige por sí sola todos los intentos desacertados. La vida pública de los países con libertades limitadas está tan asolada por la pobreza, es tan triste, tan rígida, tan poco fructífera, precisamente porque, por la exclusión de la democracia, coarta las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espiritual.

Lejos de ser la solución final, la conquista del poder estatal puede envenenar o, incluso, destruir un movimiento socialista si este no es capaz de desarrollar formas alternativas de democracia que vengan a sustituir la forma alienada del poder del Estado. Por lo tanto, el problema político central es cómo asegurarse de que las revoluciones no se transmutan en su opuesto y forman la base de un nuevo tipo de opresión y de explotación. En su sentido último, el socialismo y la democracia deben contemplarse como un único y mismo proyecto. Las verdaderas revoluciones no deberían, ni deberán, convertirse en meras casas a medio camino.

En China y en todos los demás lugares del mundo, las transformaciones postsocialistas nos ofrecen una valiosa oportunidad para reflexionar sobre todas estas importantes cuestiones. La Revolución china ha producido logros históricos que la acreditan, así como también ha generado sus propios fracasos. Con el objetivo principal de este escrito de insistir en la falta de democracia no pretendo simplemente lamentar las decepciones pasadas de la Revolución, sino más bien buscar un punto de vista desde el cual comprender los efectos históricos a largo plazo de todas esas limitaciones. El objetivo de este artículo es demostrar que no solo es imperioso, sino también posible, efectuar una *doble crítica coherente*: una crítica tanto del capital como del Estado, de la acumulación económica y del poder burocrático, con una mejor comprensión de sus conexiones estructurales e históricas. Nuestra crítica de las evoluciones neoliberales-capitalistas habidas en contextos postsocialistas exige una crítica mucho más desarrollada del socialismo realmente existente —una incesante autocrítica, por así decirlo— con el único propósito de avanzar hacia objetivos igualitaristas y democráticos.

El socialismo surgió como un ideal político y ético que ofrecía una poderosa alternativa al capitalismo. Sin embargo, el socialismo realmente existente ha producido estados muy poderosos que, aun siendo no-capitalistas o, incluso, decididamente anticapitalistas, han concentrado y monopolizado los recursos sociales y políticos, todo ello en nombre del socialismo. Sin una socialización simultánea del poder político, la nacionalización de los medios de producción y distribución solo crea una ficción legal. Para Marx, la abolición de la propiedad privada no era un fin en sí mismo, sino solo un medio para la abolición final de las relaciones de trabajo alienadas.

Sin embargo, el continuo predominio del trabajo alienado y de su forma política iba a tener fatales consecuencias. Con la ventaja que nos concede una visión retrospectiva podemos demostrar que el socialismo realmente existente, irónicamente, preparó algunos de los ingredientes clave responsables de su propia transformación final en capitalismo. Es decir, entre sus logros figuran algunas de las funciones cruciales, aunque incompletas, de la acumulación originaria o primitiva, necesaria para la posterior «restauración» del capitalismo: en primer lugar, porque se reprodujo el conveniente estatus de grupo dominado de la población trabajadora; en segundo lugar, porque confirió el control de los medios sociales de producción a un Estado poderoso que no rendía cuentas democráticamente. Para que tal proceso evolutivo acabe de producirse, hay que esperar a que exista una coyuntura específica de condiciones globales e internas favorables. Con el vallado sistemático de activos públicos y su conversión

masiva en capital privado por parte de quienes controlan el poder político, la inmensa riqueza apropiada y acumulada en décadas anteriores se está transfiriendo al circuito de la producción y distribución capitalistas. La vía de la mercantilización empieza siendo una estrategia pasiva de la clase dominante para su propia preservación y para el apaciguamiento político, pero acaba convirtiéndose en un juego final o estrategia de salida: la masiva transformación de dicha clase dominante de ser detentadores del poder a convertirse en propietarios capitalistas.

Lenin escribió que la historia conoce todo tipo de metamorfosis. A la vista de las transformaciones que actualmente se están produciendo, ¿alguna vez ha sido el «socialismo realmente existente» una parada en el radiante trayecto hacia el verdadero socialismo? ¿Sería totalmente absurdo decir que el socialismo realmente existente tal vez haya sido algo bien distinto, como, por ejemplo, un desvío o una fase de transición en la larga historia del capitalismo, con toda su diversidad y sus metamorfosis? ¿No deberíamos preguntarnos si, en lugar de ser el heroico enterrador del capitalismo, el socialismo realmente existente no ha sido más bien la comadrona del capitalismo, incluso de un tipo de capitalismo particularmente discolo? Sería una enorme ironía histórica, y una colosal tragedia. Pero, en realidad, la historia es muy astuta al sugerirnos todas esas preguntas. Y su astucia radica en el hecho de que nada es nunca definitivamente determinante ni determinado, debido precisamente a la posibilidad de la acción humana.